



---

[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## DOCUMENTO 9

### Dos encuentros con Mina

Los dos textos que a continuación se presentan, “Luis Aury” y “Los insurgentes” narran dos encuentros en alta mar, cuyos personajes son Luis Aury, francés simpatizante de la independencia americana, y Xavier Mina, héroe de la Independencia de México.

## Dos encuentros con Mina

### Luis Aury

Sobre Aury —pronunciado *Orí*, conforme a la prosodia francesa, o *Aurí*, según algunos lo llamaban siguiendo a la española la ortografía del nombre— las opiniones no coinciden. Muchos lo pintaban como simple pirata francés puesto al servicio de los insurgentes neogranadinos. Otros, considerándolo corsario en toda regla, no lo creían temible sino por su celo en favor de la independencia americana. Más era la verdad que, pirata o corsario, entre sus manos aguardaba muy dura suerte a los buques mercantes españoles que no lograban eludirlo en el mar de las Antillas en el Golfo de México.

\*\*\*

Un bergantín de la matrícula de Cádiz, el *Infatigable*, se halló envuelto de pronto por la escadrilla de Aury la madrugada del 23 de junio de 1816, tres leguas al norte de Matanzas. El *Infatigable* seguía esta vez la ruta de La Habana a Nueva York, y su cargamento, si no de géneros ricos, era abundante y valioso: lo componían centenares de toneladas de azúcar, de miel, de café.

Sensible el capitán a la insensatez de toda resistencia, se allanó, desde luego, a dejar subir a bordo veinticinco o treinta piratas que se acercaron en varios botes; entregó el mando, y asistió después, desde el puente, a las maniobras que hicieron al *Infatigable* navegar en conserva rumbo a las islas Tortuguillas.

Cuatro buques formaban entonces la flota de Aury: la *Bellona*, la *Criolla*, el *Favorito* y el *San Fernando*. El mejor de todos ellos era la *Bellona*, nave capitana; el más chico, el *San Fernando*, guache apresado poco antes, aunque ya dispuesto para la lucha gracias a ciertos cañones que lo dotaban de muy respetable capacidad bélica. Además, como Aury llevaba ese día tres presas hechas antes de la captura del *Infatigable*, fueron ocho en conjunto —los ya indica-

\* En *Mares de Fortuna*, libro incluido en el volumen *Filaldefia, paraíso de conspiradores* (1960).

dos, una goleta de Providencia, una fragata de Málaga y otra de Santander— las embarcaciones que vinieron a fondear en las Tortuguillas tras breve navegación —nueve o diez horas— desde las aguas de Matanzas.

Las Tortuguillas debían su nombre a unos cuantos islotes, salientes de bajos peligrosísimos, que guardaban en cerco una isla pequeña y no muy atractiva. Los piratas, que habían ido allí para hacer aguada, tardaron algo más de un día en llenar sus aljibes, tras lo cual se pusieron a recorrer, en busca de otras presas, el mar circundante. Casi en seguida lograron dos: una goletilla pescadora, de La Habana, y una fragata de Campeche, está cargada de palo para Cádiz. Con todo, en la mañana del segundo día decidió Aury abandonar las costas de la Florida, a fin de acercarse a las de la Luisiana y Texas, y en vista de ello se ordenó que todos los bancos aparejasen inmediatamente. Varios presos españoles, a quienes se puso libres entonces, recibieron para irse la goletilla pescadora. Los nueve buques restantes, navegando otra vez en conserva, se dirigieron a la isla de Gálveston, situada a la desembocadura del río Trinidad en las provincias internas de Nueva España.

Durante el viaje, la *Bellona* se separó: primero viró levemente hacia la parte de tierra, y, de allí a poco, con brusca variación del rumbo, fue empujándose y quedándose atrás, hasta desaparecer por el norte. Iba, según contarían después al capitán del *Infatigable*, a echar en la costa de la Luisiana un hombre portador de noticias y documentos para el agente de Aury en Nueva Orleans.

\*\*\*

Tal mala era entonces la barra de Gálveston, que en ella se perdieron, al llegar, la goleta de Providencia con todo su cargamento de especiería y harina; la fragata de Málaga, con frutos del país, y el *Infatigable*, con cuanto llevaba. Las otras embarcaciones, además de ver por sí mismas, tuvieron que ocuparse en el salvamento de los naufragos, que no eran pocos, y aun fue cosa de que intentasen —el empeño resultó vano— poner a flote la fragata de Campeche, que varó y perdió el timón.

Gálveston, hermosa isla y excelente bahía, era un paraje desierto, o poco menos. Los piratas desembarcaron algunas armas y provisiones; construyeron un campamento, y tan pronto como éste quedó concluido izaron sobre el punto más alto la bandera de Cartagena, que era la que cobijaba, mediante una patente de corso, las depredaciones marítimas y demás piraterías de Aury.

Cuán grande era el número de aquellos piratas se echó de ver así que todos saltaron a tierra: no bajaban de doscientos. En su mayoría eran franceses, ita-

lianos, norteamericanos y negros de Santo Domingo. Había uno que otro español de América y aun de la Península. Se contaba también algún inglés. Los prisioneros, en cambio —tripulantes y oficiales de los barcos apresados—, eran casi todos españoles. Se les trataba sin ninguna consideración; a veces con verdadera inhumanidad. El capitán del *Infatigable* tuvo la rara fortuna de hallar entre aquella gente un marino que había servido a sus órdenes, lo cual le valió librarse de vejaciones, miserias y muchas medidas rigurosas.

Ya estaba Aury convenientemente acampado, cuando los negros de Santo Domingo, ocho días después del arribo a la isla, se sublevaron en tierra y en el mar. Fue noche digna del infierno. Dueños de la *Criolla* y del *San Fernando*, los negros de a bordo dispusieron de armas y municiones suficientes para dominar por sorpresa al resto de la flota, y, mientras los negros del campamento se echaban sobre la gente fiel a Aury, herían a éste, se posesionaban de los cañones, de las municiones, de las mercancías y del dinero desembarcados al principio, y se preparaban a trabar combate desde tierra con la *Bellona* y el *Favorito*. Por último, bien entrado el día, los negros llevaron a sus dos barcos cuanto habían cogido en el campamento, tras de lo cual se hicieron a las olas, arrastrando de paso otro buque, el *Centinela*, que encontraron y capturaron al salir de la bahía.

Visto aquel accidente grave, sobre todo porque las malas condiciones de la barra estorbaban la acción de la *Bellona*, Aury determinó trasladarse a otro sitio. Lo comunicó así a los prisioneros españoles, a quienes, por otra parte, enternecido tal vez a causa del reciente descalabro, prometió poner libres en Nueva Orleáns.

\*\*\*

Sucesos imprevistos variaron el sesgo de las cosas antes que empezaran los preparativos de marcha. Llegaron a Gálveston, con sus fuerzas, dos filibusteros norteamericanos, los coroneles Perry y Peyre, y uno francés, el coronel Savary, los cuales se hallaban en tratos con don José Manuel de Herrera, representante de los insurgentes de México en los Estados Unidos. Con Perry y Peyre venían 110 oficiales y soldados norteamericanos; con Savary cuarenta negros.

Herrera, que a poco se presentó también en Gálveston, tuvo con los tres coroneles y el jefe de los piratas conferencias que duraron varios días, y de esas pláticas resultó que Aury, nombrado comodoro de la flota insurgente mexicana, sería en adelante gobernador de Texas y general de las tropas que allí se organizaran. Gálveston, lugar desierto, iba así a convertirse en puerto oficial. Contaría con aduana, recaudadores, jueces; sobre todo, dispondría de un Tribunal del Almirantazgo que declarase legítimas las presas de los piratas. Y tan grande fue el regocijo por todo aquello, que los hurras saludaron la fundación

de la ciudad. Se arrió la bandera de los rebeldes neogranadinos; se izó la de los rebeldes mexicanos; marinos, soldados y piratas juraron morir por ella.

Días después, ido don José Manuel Herrera, que se llevó al coronel Peyre y recibió honores de ministro, el nuevo puerto comenzó a funcionar. Siguieron llegando, sólo que ahora en serie, las presas españolas. Entró la *Bombarda*, fragata catalana; entró un bergantín, también catalán; entraron dos goletas de Campeche; otras dos de la Península, una goleta y un bergantín de Sisal, un bergantín cargado de añil hasta la borda, y algo mejor todavía: una polacra de Cádiz con 170,000 pesos.

Pronto, el Tribunal del Almirantazgo condenaba cascos y cargamentos, pues las presas siempre se reputaban legítimas, y los agentes de aquel gran negocio iban luego a vender las mercancías en los puertos marítimos y fluviales de la Luisiana. Para mayor seguridad, los piratas, no muy convencidos de la ética internacional de su proceder ni del *status* jurídico de su nación, quitaban las marcas a los fardos, cambiaban el nombre y la apariencia de los buques y contrahacían toda surte de papeles. En suma: el establecimiento prosperaba dentro de la ley que a sí mismo se había dado, y su irradiación era tanta que, a menudo, fondeaban en él barcos mercantes norteamericanos o ingleses con provisión de cañones, rifles, proyectiles, pólvora y otros artículos bélicos muy apreciados en Gálveston.

\*\*\*

A fines de noviembre se presentó en la isla, con dos buques bien armados, un extraordinario personaje navarro, de quien luego se supo que andaba organizando una expedición en favor de la independencia mexicana, para acabar así más pronto con la tiranía de Fernando VII. Se llamaba Javier Mina. Su presencia era agradable; sus palabras y maneras, pronto reveladoras de un espíritu noble, generoso. Entre las personas que llegaron con él, descollaban no pocas: el coronel Young, norteamericano; el coronel Montilla, caraqueño; el coronel conde de Ruth, alemán. Pero más todavía que cualquiera de estos sujetos, se hizo notable uno de los que luego vinieron a unírsele: Fray Servando Teresa de Mier, dominico mexicano que decía ser prelado doméstico de Su Santidad; que declamaba inagotables discursos contra el despotismo de Fernando VII, y que hacía de capellán de la división expedicionaria.

En un principio Aury congenió con Mina y su gente; los acogió sin reservas y aun les dio viveres. Pero luego, ausente Mina por ciertas gestiones que lo llevaron a Nueva Orleans, Aury volvió a su idea de establecerse en otro sitio y dispuso que procediera a embarcarse toda la gente de su mando. Mina se había captado demasiadas buenas voluntades para que semejante orden cayese bien, salvo entre los propios piratas. El coronel Perry se opuso: él y su segundo declararon que nadie se movería de Gálveston si la división de Mina no iba

también. Y Aury entonces, sospechando que Perry y su segundo trataban de desconocerlo para afiliarse a Mina, mandó arrestarlos en sus alojamientos.

La lucha por el poder volvió a enseñorearse de la isla. Los 110 norteamericanos de Perry cogieron sus armas y manifestaron a Aury que sostendrían a sus jefes. Aury montó un cañón delante de su tienda; armó un centenar de negros y mulatos, a quienes hizo reforzar con lo más granado de la marinería, y dio el mando del campamento al coronel Savary. Por fortuna, cuando ya la *Bellona* maniobraba para someter a los revoltosos del campamento, el coronel Montilla, requerido por Perry, intervino con toda la división expedicionaria y logró reunir en conferencia a los dos bandos, de donde resultó que el conflicto se zanjase: se acordó poner en libertad a Perry; se convino que, hasta el regreso de Mina, el coronel Montilla mandaría las fuerzas de tierra y Aury sólo las de mar; y ya todos de igual parecer, se hicieron preparativos para que se trasladara el campamento a Matagorda tan pronto como Mina volviese.

Éste llegó a principios de abril, y el día 6, recogidas casi todas las tiendas, embarcados los cañones, las tropas, los efectos, salieron a la mar los barcos de la expedición y la escuadrilla de Aury. En la bahía quedaban dos goletas armadas, que luego deberían reunirse con los demás buques, y la fragata de Campeche, varada y con averías. De este modo, sobre el sitio ocupado antes por el campamento, la soledad fue cerniéndose más y más. De los seiscientos o setecientos moradores que allí se habían reunido a la hora del apogeo, no quedaban sino los prisioneros españoles, que Mina puso en libertad, y veinticinco o treinta individuos a quien Aury encargó ultimar todo lo relativo al traslado. Se encontraban entre estos últimos doce soldados al mando de un teniente, el coronel Savary y varios de los hombres más adictos al jefe de los piratas, como Gareau Rousselin.

Las precauciones se explicaban. En días posteriores a la partida del convoy llegaron a Gálveston varias presas españolas: dos goletas negreras con toda su mercancía humana, una fragata de Maracaibo cargada de mercadería seca, y un falucho en lastre.

El capitán del *Infatigable* tuvo la suerte de que una goletilla norteamericana recalase allí dos semanas después. En ella se embarcó con otros siete españoles el 23 de abril de 1817 y llegó a Nueva Orleáns el día 5 del mes siguiente.

Su encuentro con la escuadrilla de Aury le había costado diez meses de cautiverio y la pérdida total de su buque y cuanto éste llevaba.

## Los Insurgentes\*

La expedición fué bien recibida en Soto la Marina. El jefe procedió desde luego a nombrar alcalde y demás autoridades. Hizo que las lanchas subieran de la playa, por el río, un cañón, municiones y otros efectos. Al conde de Ruth, que manifestó deseos de reembarcarse con el comodoro Aury, se le substituyó en el mando de la caballería ascendiendo a mayor al capitán suizo Maylefer. Quedó instalada la imprenta que se traía desde Inglaterra, y pronto vieron la luz del manifiesto de Gálveston y el primer boletín de la expedición. Se redactó una proclama a las tropas europeas que operaban en el país.

Mina se sentía satisfecho del feliz principio de su empresa. Más de 100 hombres vinieron a pedirle que los alistara en sus filas. Se le presentaron también el teniente coronel realista Valentín Rubio y un hermano suyo, por cuya mediación se adquirieron buenos caballos para el regimiento de dragones y para un cuerpo de húsares —jinetes de profesión que se incorporaban—. Pudo así Mina explorar el país y hacer que lo recorrieran partidas que De la Garza no molestaba, y de las cuales una llegó hasta la capital de la provincia.

Entretanto, Aury se había alejado con su escuadrilla y el *Congreso Mexicano*, cuya compra ajustó con Mina. Sólo quedaron cerca de la desembocadura del río la *Cleopatra*, el *Neptuno* y la *Elena Tooker*, buques que días después fueron atacados por barcos de guerra que el virrey mandó de Veracruz. La *Elena Tooker* levó anclás y escapó; la *Cleopatra* y el *Neptuno*, abandonados por sus tripulantes, cayeron en poder de la escuadra realista.

Tanto por esta pérdida, como por los preparativos que el general Arredondo hacía en la comarca para enfrentarse a los invasores, Mina resolvió construir un fuerte. Su idea era dejar los almacenes al cuidado de una pequeña guarnición, mientras él y el grueso de las tropas avanzaban al interior del país hasta comunicarse con los insurgentes. Toda la división puso manos a la obra y en poco tiempo el fuerte se halló en estado de admitir que sobre sus baterías se montasen varios cañones.

Cuando se supo que Arredondo se acercaba con 2,000 hombres y 17 piezas de artillería, Mina dispuso la marcha. La temeridad de la empresa empezó entonces a dibujarse en toda su amplitud: el país, en poder del enemigo; los barcos, echados a pique. Asustados de aquello, el coronel Perry, el mayor Gordon, otros oficiales y 51 soldados desertaron hacia Matagorda —luego se sabría cómo acababan todos al encontrarse con tropas realistas salidas de San Antonio de Béjar—; pero, a pesar de eso, se mantuvo firme el ánimo de las fuerzas restantes.

\* En *Javier Mina, héroe de España y de México* (1955).

El 24 de mayo Mina se puso en movimiento al frente de 300 hombres. Con *aquella minúscula fuerza iba a desafiar todo el poderío* de los virreyes de Nueva España. ¿Se daba cuenta de su verdadera situación? Al aventurarse hacia el corazón de México era evidente que se lanzaba a una de las más audaces empresas militares que jamás se han concebido.

\*\*\*

Eludiendo con rapidez la columna del teniente coronel De la Garza, la división se dirigió al sur de la provincia. En una hacienda del tránsito Mina se apoderó de muchos efectos, que hizo distribuir entre la tropa. Entró en la villa de Horcasitas, cerca de la cual cogió 700 caballos que un coronel realista tenía allí, y eso le permitió montar a toda la división. Como su propósito no era combatir desde luego, sino evitar todo encuentro y doblar jornadas hasta reunirse con los insurgentes del Bajío, burló los movimientos de las tropas realistas que trataban de salirse al paso, y con tal tino obró, que estaba ya muy cerca de la provincia de San Luis Potosí mientras sus perseguidores se hallaban todavía a dos jornadas de Horcasitas.

A la salida de la sierra, sobre Valle del Maíz, quiso venir al encuentro de Mina un capitán destacado allí con un escuadrón de dragones. Eran apenas 150 hombres. Mina los llevó en derrota hasta el pueblo mismo, que el capitán y los suyos *abandonaron*, y con sólo veinte húsares los persiguió luego hasta el valle de San José. Consecuencia de esta primera acción, librada el 8 de junio, fué que Mina, por la intrepidez y habilidad de que dió pruebas, se ganara la confianza y el afecto de sus soldados, a la vez que ellos dejaban ver que su valentía y decisión no eran pocas.

Valle del Maíz, a orillas del Pánuco, vivía entonces en gran abundancia. Mina mandó que la tropa se abstuviera hasta del menor desorden y sólo exigió a los vecinos una contribución en dinero y algunos artículos indispensables. Quiso al pronto proporcionarle algún descanso; pero enterado de que se le aproximaba una columna, la del general Armiñán, dos días después reanudó la marcha hacia el Bajío, casi en el mismo momento en que la caballería de Armiñán entraba en Valle del Maíz. Uno de los húsares, que allí quedó herido, cayó luego prisionero y fué fusilado.

A marchas forzadas, la noche del 14 de junio llegó Mina a la hacienda de Peotillos, a quince leguas de San Luis Potosí. El mayordomo y los criados habían huído llevándose el ganado y las provisiones. Fatigada, hambrienta, la tropa se echó a dormir, segura de poder hacer rancho conforme llegase la mañana. Pero al día siguiente, Armiñán, que también había doblado jornadas, se presentó a la vista de Peotillos con 2,000 hombres. Sabía —por un rezagado a quien interrogó y fusiló después— que los soldados de Mina no pasaban de 300.

Inevitable, la batalla se libró. Duró tres horas. Contra fuerzas siete veces superiores, la división se batió en circunstancias y con arrojo apenas creíbles. La arenga previa de Mina había sido contestada con tres hurras afirmativas de que los soldados seguirían a su general a todas partes. Y el resultado fué una victoria tan absoluta, que hubo jefe realista que salió huyendo en ancas del caballo de un corneta, y el propio Armiñán no paró la carrera hasta San José, pese a su jactanciosa orden del día. Porque suponiendo por anticipado que saldría vencedor, esa mañana se había felicitado de tener a Mina a su alcance y había dispuesto no dar cuartel ni empezar el saqueo hasta no acabar la matanza. El triunfo sobre tan numeroso enemigo costó, sin embargo, enormes sacrificios: Mina tuvo 11 oficiales muertos, entre ellos 8 de la Guardia de Honor y un navarro, Lázaro Goñi, y 19 soldados muertos y 15 heridos. Total: 56 bajas, la quinta parte de todo su ejército.

Para eludir nuevo combate en condiciones tan adversas, a las dos de la madrugada del día 6 salió oculto de Peotillos, que en seguida sería ocupada por Armiñán. En la Hedionda, el cura lo recibió con repiques, mientras en secreto tomaba acerca de las fuerzas informes que comunicaría luego a los realistas. En la hacienda del Espíritu Santo, abandonada por el dueño y todos los hombres —aunque fortificada—, las mujeres salieron en procesión con la imagen de la Virgen. Imploraban que se les ahorrara los atropellos de que se creían amenazadas, y casi tomaron a milagro el ver que aquellas tropas respetaban personas y cosas y lo pagaban todo con dinero.

El pueblo de Real de Pinos, fortificado y defendido por 300 realistas con 5 cañones, intentó resistir. Por la noche, 15 soldados de Mina lograron pasar, en silencio, de azotea en azotea, descolgarse en la plaza, sorprender la guardia, apoderarse de la artillería y producir así la caída de la población, que, en castigo de su resistencia inútil, fué entregada al saqueo, aunque con tal respeto a las personas, y para las cosas santas, que a un soldado que robó los vasos de una iglesia se le fusiló con la división delante. Los trofeos de este nuevo triunfo sumaron una bandera, cuatro cañones y pertrechos en abundancia.

Tenía Mina que atravesar las áridas llanuras de Zacatecas; pero, de súbito, tres días después de marchas fatigosas, casi sin víveres, apenas con agua, la descubierta de la división se encontró con una partida de insurgentes.

Sin noticia alguna sobre Mina, y ante tropas con buenos uniformes, la partida insurgente se creyó en presencia de los realistas y empezó a disparar. No sin trabajo se aclaró el error; quedó en rehenes el jefe de la descubierta, y varios de los insurgentes pasaron a hablar con Mina, cuya alegría, y la de toda la división, no conocieron límite al ver que el primer propósito de la empresa, unirse a los revolucionarios, se había al fin conseguido.

Mina fué a saludar al jefe de la partida insurgente, don Cristóbal Nava, y en la tarde volvió con él al campamento. Nava, vestido de charro al estilo de

México, con sombrero de ancha toquilla de plata y una estampa de la Virgen de Guadalupe en la copa, llamó la atención de los soldados de Mina, que no admiraron menos al peculiar aspecto de los soldados insurgentes, bien montados y bien armados.

\*\*\*

Enterado Mina de que a cinco leguas de allí estaba un rancho donde podía alojarse, y cuatro leguas más adelante el fuerte del Sombrero, se puso en marcha lleno de satisfacción. Por los altos de Ibarra se descubrió en la llanura un considerable cuerpo de realistas, que, por fortuna, no hizo intento de trabar pelea. En el rancho se encontraron abundantes provisiones. Un oficial de la división pasó al fuerte del Sombrero, cuyo jefe, D. Pedro Moreno, mandó a Mina felicitaciones por su llegada. Le instó también para que se trasladase al fuerte y transmitió la noticia a la Junta insurgente, reunida en Jaujilla, que a su vez difundió por todas partes la nueva del suceso.

Mina y su división entraron en el fuerte del Sombrero el 24 de junio. Se le recibió con las más cordiales muestras de regocijo. Llegaba con 269 hombres, 25 heridos entre ellos; en un mes había andado 220 leguas por territorio que dominaban los realistas; en su marcha, casi siempre a la vista del enemigo, había padecido toda suerte de privaciones, había ganado dos acciones reñidas —una contra fuerzas mayores siete veces— y había sometido un lugar fortificado. Con gran prestigio entre su gente, que siempre lo vió a la cabeza en las horas de peligro y esmerándose en dar buen ejemplo, su reputación a ojos de los mexicanos fué desde luego tan grande, que él y sus soldados parecían a muchos casta de hombres distintos de los demás.

Nuevo combate, en que Mina derrotó al comandante general de Guanajuato, al salirle éste al encuentro, confirmó aquel parecer. Porque Mina no dispuso entonces sino de 200 hombres de la división y 130 de Moreno, más un aparente refuerzo de 400 soldados de infantería, casi sin fusiles, y así y todo obtuvo magnífica victoria. Su triunfo fué de tal magnitud, que, a cambio sólo de ocho muertos y nueve heridos suyos, quedaron 339 muertos y 220 prisioneros de los 700 realistas que habían venido al ataque. Esto permitió a Mina volver al fuerte del Sombrero con dos piezas de artillería, 500 fusiles y gran acopio de municiones, todo quitado a los realistas. En Jaujilla, aquel hecho de armas se celebró con *Te Deum*, salvas, música, iluminación y fuegos artificiales.

Tras corto descanso, Mina, acompañado de Moreno, volvió a salir del fuerte, y el 7 de julio, sin que se le sintiera, cayó sobre la hacienda del Jaral, que estaba fortificada y guarnecida; en ella se apoderó de 140,000 pesos de plata y cuantiosos víveres.

Al regresar de expedición tan audaz se encontró con que lo esperaban en el fuerte del Sombrero, para saludarlo, el padre Torres, nombrado teniente gene-

ral por la Junta de Jaujilla, y los comisionados de ésta. Tratóse de concertar el plan de las operaciones, que por entonces se reducirían a conservar los sitios fortificados, y se dió a Mina el mando supremo. El padre Torres —ocultando apenas la envidia que le causaba el engrandecimiento del recién llegado— consintió en ceder el primer puesto, aunque sólo por consideración especial, pues dijo ser él a quien el mando, por derecho, le correspondía. Como Torres, por otra parte, asegurara disponer de 6,000 hombres, que desde luego dejaba a las órdenes del nuevo jefe, Mina contestó que, siendo así, marcharía directamente sobre la capital.

Sus ilusiones, sin embargo, empezaron a disiparse tan pronto como se ahondó su intimidad con aquellos insurgentes. No advertía Mina entre ellos más que ignorancia y desorden, y, en vez de los nobles motivos y ardiente entusiasmo que debieran vibrar allí en favor de las libertades, sólo hallaba voluntades anárquicas y bajas pasiones. Ocultó, con todo, la pesadumbre que esto le produjo, y si la descubrió en secreto a varios de sus amigos, aún se lisonjeaba de dar a la revolución nuevo espíritu, contando para ello con la ayuda y sacrificio de algunos jefes. Tal cooperación la halló sólo en Moreno, Borja, Ortiz y otros cuantos. Los demás, bien por desconfianza respecto de la sinceridad de Mina, bien por otras causas, se mantuvieron siempre tan opuestos o fríos, que su actitud habría de ser funesta para todos.